

Viktor Frankl

El hombre  
en busca de sentido

Herder

*Títulos originales:* • Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager  
Man's Search for Meaning  
From Death-Camp to Existentialism  
• Synchronisation in Birkenwald. Eine metaphysische  
Conference

*Traducción y edición:* Comité de traducción al español (2015)  
Ana Schulz (2013), de *Sincronización en Birkenwald*

*Diseño de portada:* Ferran Fernández

© *Herederos de Viktor E. Frankl*

© 2024, *Herder Editorial, S. L., Barcelona*

4.<sup>a</sup> edición, 2024

ISBN: 978-84-254-5109-6

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

*Imprenta:* Sagràfic

*Depósito legal:* B-11.129-2024

*Printed in Spain - Impreso en España*

**Herder**

[www.herdereditorial.com](http://www.herdereditorial.com)

# Índice

<i>Prefacio de José Benigno Freire</i> .....	9
<b>PRIMERA PARTE. UN PSICÓLOGO EN UN CAMPO</b>	
DE CONCENTRACIÓN .....	31
El informe del prisionero n.º 119 104. Un ensayo psicológico .....	37
Primera fase. Internamiento en el campo .....	41
Segunda fase. La vida en el campo .....	55
Tercera fase. Después de la liberación .....	121
<b>SEGUNDA PARTE. SINCRONIZACIÓN EN BIRKENWALD.</b>	
UNA CONFERENCIA METAFÍSICA .....	127
<b>TERCERA PARTE. CONCEPTOS BÁSICOS</b>	
DE LOGOTERAPIA .....	169
<i>Epílogo de Elisabeth Lukas</i> .....	207
<i>Otras obras de Viktor Frankl</i> .....	213



## Prefacio

El escenario de *El hombre en busca de sentido* se dibuja sobre el atroz paisaje de la vida en los campos de concentración nazis. Enfocar esa tragedia en su conjunto amortigua el impacto de la turbación y es capaz de mitigar la sensación de crueldad del Holocausto. Al contemplar sus hileras de tumbas en perfecta simetría, el honroso cementerio de Auschwitz solo parece albergar una multitud de personas recordadas con una dignidad póstuma, tras una muerte sin sentido. Sin embargo, el panorama cambia radicalmente si, ante cada tumba, el espectador juega con la imaginación y percibe un sinfín de vidas malogradas: en ese hueco podría yacer una persona que, en plenitud de energías, emprendía un prestigioso proyecto profesional...; aquí, una madre que ha muerto con la angustia de ignorar cuál ha sido la suerte de unos hijos arrancados de su regazo...; allá —uno junto al otro—, un matrimonio, un hombre y una mujer que, tras sortear los avatares de una larga existencia, esperaban con sosiego envejecer juntos...; más allá, a una joven le abortaron los sueños de un feliz matrimonio...; todavía más allá, el cuerpo inerme de un niño o una niña que aún conserva la sonrisa, helada, de una vitalidad en expansión... Esa suma de sufrimientos silenciosos, más el infernal horror de la brutal monstruosidad, aciertan a vislumbrar el dramatismo y la barbarie de los campos de concentración...<sup>1</sup>

I «Y resulta significativo cómo estas muertes individuales, perso-

Una de aquellas vidas rotas fue la de Viktor Emil Frankl (1905-1997).<sup>2</sup>

Situémonos en los años cuarenta del pasado siglo en la ciudad de Viena. En esos tiempos, Viena aún ejercía un notable influjo y embrujo en los ambientes intelectuales de la época, por su mecenazgo en las artes y la cultura. Aquella «Viena —nadie lo puede negar o menospreciar— era un foco excepcional de la cultura, las artes y el civismo europeos. Se ha dicho bien que Viena es el último esplendor del pasado» (L. Brajnovic). Y, además, para un psiquiatra, Viena era el lugar de Sigmund Freud y de Alfred Adler. También de Viktor Frankl.

Viktor Frankl, por esas fechas, comenzaba a despuntar como un profesional prestigioso: se encontraba bien posicionado en los círculos médicos y académicos y disponía de una prometedora consulta privada. En 1940 había sido nombrado Director de la sección de Neurología del Hospital de Rothschild, que atendía únicamente a pacientes judíos; el hecho de

---

nales, todas trágicas, pero distintas, pesan mucho más, influyen mucho más en nuestra sensibilidad que los millones de muertos anónimos reflejados en las estadísticas» (Primo Levi, prólogo al libro de Liana Millu *El humo de Birkenau* [Barcelona, Acantilado, 2005]). «Referirse al Holocausto por medio de cifras (seis millones), como se hace con frecuencia, implica deshumanizar de modo involuntario a las víctimas y trivializar lo profundamente humano de dicha tragedia. Los números transforman a las víctimas en una masa fungible de cuerpos anónimos y despojados de alma, en lugar de verlas como los seres humanos individuales que alguna vez fueron. Todos los que hemos vivido el Holocausto tenemos una historia personal digna de ser narrada, aunque sea por el mero hecho de ponerle rostro humano a la experiencia» (Thomas Buergenthal, *Un niño afortunado*, Barcelona, Plataforma, 2008, pp. 10-11).

2 Las citas textuales de Frankl irán entre comillas o bien marginadas y en párrafo aparte; especialmente las que se refieren a *Un psicólogo en un campo de concentración*. La casi totalidad de las referencias a la biografía de Frankl corresponden a uno de estos tres libros, o a los tres: Viktor E. Frankl, *Lo que no está escrito en mis libros*, Barcelona, Herder, 2016; Alfred Längle, *Viktor Frankl. Una biografía*, Barcelona, Herder, 2000; Haddon Klingberg Jr., *La llamada de la vida (la vida y la obra de Viktor Frankl)*, Barcelona, RBA, 2002.

que hubiese aceptado ese nombramiento suponía un desafío y una temeraria audacia, pues ya arreciaba la persecución nazi. Crecía su fama de profesor competente e ingenioso, y en los ambientes psiquiátricos aún resonaban, entre censuras y alabanzas, las públicas controversias de aquel joven médico con las autoridades del momento: Freud y Adler.

Esas discusiones científicas lo encaminaron hacia una crítica-superación del psicoanálisis. Frankl recogió entonces en un texto sus aportaciones personales para una rehumanización de la psiquiatría, tanto teóricas (análisis existencial) como técnicas (logoterapia). El manuscrito ya se encontraba en fase de encontrar editor. Había depositado grandes esperanzas en ese libro...

Personalmente vivía en el afectuoso y sereno ambiente familiar de siempre, en una familia de origen judío que empezaba a superar las penurias económicas gracias a los nuevos ingresos de Viktor. A ese remanso hogareño se unió la feliz boda con la joven Tilly Grosser (diciembre de 1941), también judía de origen.

Esa tranquilidad profesional y familiar chocaba con la situación de encrucijada social que se vivía en la calle. Ya había comenzado abiertamente la destrucción de sinagogas y el confinamiento y deportación de la población judía; una población dominada por el miedo y la angustia ante el futuro. La familia Frankl entendió el dramatismo de la situación y buscó una salida. La única alternativa sensata parecía la huida. Stella, la hermana de Viktor, huyó a Australia. El hermano intentó una salida hacia Italia como refugiado político; pero fue descubierto por los servicios de seguridad y lo deportaron, junto a su mujer e hijos, al campo de Auschwitz, donde murieron.

Viktor Frankl consiguió un visado para emigrar a los Estados Unidos. Este visado le permitía la salida de Austria y le abría oportunidades inesperadas de desarrollo profesional, pero sus padres únicamente disponían de una documentación

insegura, que no superaría el más ligero control de las autoridades. Además, como ya eran ancianos, quedarían ciertamente desvalidos si no contaban con la ayuda de ningún hijo.

La situación de sus padres planteó a Frankl una grave duda de conciencia: «¿Cuál era mi responsabilidad? ¿Ocuparme de mi obra o cuidar de mis padres?». Tras profundos debates optó por dejar vencer el visado. Fue una decisión heroica, aunque él lo cuenta con sencilla naturalidad: «Evidentemente el campo de concentración fue mi real prueba de madurez. No estuve obligado a presentarme —hubiese podido escapar de ello y emigrar a tiempo a Norteamérica—. Hubiese podido desarrollar la logoterapia en América, cumpliendo así con la misión de mi vida, pero no lo hice. Y así llegué a Auschwitz». Por supuesto, al dejar caducar el visado a Estados Unidos sucedió lo previsible: unas semanas después la familia Frankl fue deportada.

No es ese el único suceso que roza el heroísmo en la biografía de Frankl. Recordaré otro que atañe a nuestro asunto, tanto en lo personal como en lo profesional.

Ocurrió nada más entrar en Auschwitz. Los prisioneros debían desprenderse de todas sus pertenencias. Sin embargo, Frankl fue incapaz de renunciar al manuscrito que contenía su obra científica, que ocultó en el primer registro. Intentó esconderlo en un pliegue de su chaqueta, pero también se apoderaron de ella. Así lo cuenta Frankl:

No nos entraba en la cabeza que nos lo quitarían todo, absolutamente todo.

Intenté ganarme la confianza de uno de los prisioneros veteranos. Acercándome sigilosamente, señalé el fajo de papeles del bolsillo interior de mi abrigo y le dije:

—Mira, es el manuscrito de un libro científico. Sé que me vas a decir que no puedo esperar nada en estas condiciones y que debo estar agradecido de salvar la vida. Pero

no lo puedo evitar: necesito conservar este manuscrito como sea; es el trabajo de toda mi vida. ¿Comprendes?

Parecía que comprendía. Empezó a esbozar una sonrisa, primero de compasión, luego burlona, insultante, hasta que soltó una palabra en respuesta a mi ansiedad, la palabra más omnipresente de la jerga del *Lager*:

—¡Mierda!

Con una sorna macabra, y los correspondientes improprios, los guardias del campo rompieron el manuscrito en su presencia.<sup>3</sup> En dos o tres minutos destrozaron su trabajo y sus investigaciones de años:<sup>4</sup> aquel libro en el que había depositado tantas esperanzas.

Pese a todo, la historia del manuscrito continúa:

En el invierno y la primavera de 1945 se desató una epidemia de tifus que contagió a muchos reclusos. [...] Algunos síntomas de la enfermedad eran extremadamente desagradables: la irreprimible aversión a la comida, que incrementaba el peligro de muerte, y los horribles ataques de delirio. [...] Para no sucumbir a esos aterradores ataques intentábamos no dormir. Yo lo lograba improvisando conferencias imaginarias, y me propuse reconstruir el manuscrito perdido en la cámara de desinfección: garabateaba en taquigrafía las palabras esenciales en pequeños trozos de papel.

3 Cuenta este suceso en varios de sus libros: *El hombre en busca de sentido* (en dos ocasiones); *Logoterapia y análisis existencial*; *Homo patiens*.

4 No supone una exageración afirmar que la ruptura del manuscrito podría significar la desaparición de esa obra. Recuérdese los escasos y anticuados medios de reproducción de los años cuarenta. Un escrito conllevaba una laboriosa transcripción a máquina, con escaso margen para subsanar errores o realizar retoques; y tan solo se podía aspirar a una copia —de malísima calidad— en papel carbón.

Fueron dieciséis noches de fiebre, en vela. Esperaba que aquellas notas le sirvieran de guion para rehacer el libro si alguna vez era liberado. Este suceso ocurrió en el campo de Türkheim y el libro era *Psicoanálisis y existencialismo*.<sup>5</sup>

Alcanzado este punto, conviene interrumpir la narración para formular un comentario. Uno de sus biógrafos, Alfried Längle, hace especial hincapié en el posible riesgo de desvirtuar la figura de Frankl si enfatizamos demasiado los hechos heroicos que señalan su vida. Lo dice así: «Más allá de toda la veneración que merezca como hombre, y de todo el respeto que pueda sentirse por su contribución humana y científica, Frankl no debe ser eximido de la discusión crítica. Debe ser inteligible para nosotros, comprensible, tangible, y también debe poder llegar a ser piedra de escándalo y de contradicción. De este modo, su vida y su obra seguirán vivas entre nosotros y no estarán en las alturas de un pedestal, ajenas a la vida cotidiana, inalcanzables, expuestas solo al polvo de la historia». El comentario es acertado y mesurado. Frankl es un científico y debe ser juzgado y evaluado según su pensamiento y su quehacer psiquiátrico. Su figura y su magisterio se engrandecen a la par que sus aportaciones y descubrimientos profesionales, tanto médicos como antropológicos.

Bien es verdad que la personalidad de las figuras históricas puede erigirse en un icono de referencia para la población en general. Sus opiniones y gestos suelen trascender el espacio de su estricto magisterio profesional. Pero también es cierto que algunos entusiastas de Frankl exageran al presentarlo como

5 En *Psicoanálisis y existencialismo* Frankl recoge lo principal y representativo de su pensamiento: a) la agria polémica sostenida con Sigmund Freud y Alfred Adler, también sus discrepancias con Carl Gustav Jung; b) la crítica-superación del psicoanálisis y, en concreto, la superación del psicologismo de la psicología individual de Adler; c) el método y la técnica de la logoterapia; d) los principios inspiradores de su antropología médica (análisis existencial).

un hombre deslumbrantemente heroico, inigualable. Y ese no era el hombre Frankl.

Su biografía, como la de los grandes hombres, se sustenta en la paradoja de los contrastes: tanto en la naturalidad con que asume sus éxitos como en la fortaleza para superar los fracasos; desde la intensidad de sus pasiones y proyectos, hasta la hondura de sus desencantos... Los hombres ilustres siempre recomienzan, y eso los convierte en admirables e imitables. Para hacerse imitable no se precisa esconder algún suceso oscuro o denigrante, pero sí resulta necesario percibir el ángulo frágil de su entereza...

Frankl presenta también su ángulo frágil. No necesitamos curiosear en su vida para saberlo, él mismo reconoció a Haddon Klingberg, otro de sus biógrafos, el largo nihilismo existencial de su juventud, y que no en todas las épocas de la vida vivió de acuerdo con sus principios. Nos consta, además, que sufrió desgarradores decaimientos.

El primero ocurrió a las pocas semanas de su entrada en Auschwitz. Al igual que la mayoría de los prisioneros, experimentó el *shock* del internamiento, con su correspondiente desplome del ánimo, a lo que se le sumó la ausencia de su mujer, embarazada de su primer hijo, la muerte de su padre, tras una horrible agonía, y la despedida de su madre en el campo de Theresienstadt, convencido de que era la última vez que la vería. Vio también desbaratados sus esfuerzos profesionales de dos décadas y, como sus compañeros de reclusión, comenzó a notar los claros síntomas del rigor de la vida en el campo: extenuación, malnutrición, vestimenta escasa y harapienta, piojos, edemas, enfermedades, congelamiento, hambrunas... Y a todo ello se ha de añadir la presunción de un futuro pavoroso, que hasta les hacía mirar a la muerte con cierto desdén. En tales condiciones, en el campo Kaufering III se dejó abatir por una insidiosa desesperanza... En medio de ese desaliento sostuvo una larga conversación con su amigo Benschel, al que había

canjeado un cigarrillo por una sopa aguada con algo de sabor a caldo. Benscher llegó a ser un famoso actor de televisión en Múnich. Años después Frankl reconoció públicamente que, con aquella conversación, Benscher lo devolvió a la vida.

El segundo intenso decaimiento lo padeció a los pocos meses de la liberación, que llegó el 27 de abril de 1945. Con la ansiada liberación no terminaron los sufrimientos. Disminuir la tensión acumulada en los años de internamiento tomaba su tiempo, muy lento; Frankl se encontraba físicamente exhausto y psicológicamente débil. Pasó unos meses de convalecencia en Múnich, donde se enteró de la muerte de su madre. Ella no había superado la selección, por lo que entró directamente en las cámaras de gas de Birkenau. Después se confirmó la muerte de su mujer. Su añoranza despertó en Frankl el último e imborrable recuerdo vivido junto a ella. Los nazis no permitían dar a luz a las mujeres judías, y por eso fue forzada a abortar al ingresar en Auschwitz. Antes de consumarse el aborto, decidieron dar nombre a la criatura: Harry o Marion, según hubiese nacido hombre o mujer. De ahí la aparentemente enigmática dedicatoria de su libro *Psicoterapia y humanismo*: «Para Harry o Marion, que no han nacido todavía».

No llegó a Viena sino hasta agosto. De acuerdo con un sencillo balance, la situación se presentaba desoladora: sin familia, sin hogar ni cobijo, sin dinero, sin trabajo, casi sin amigos... La mayoría de sus conocidos habían muerto en los campos, los pocos que regresaron se encontraban en su misma condición de precariedad, y aquellos que permanecieron en Viena comenzaban a caer en desgracia por su pasado pronazi. No tenía nada ni a nadie, de nuevo lo atacó la insidiosa desesperanza.

Fue a desahogarse con su amigo y vecino Paul Polak. Al recordar la muerte de sus padres y de su mujer, Frankl no consiguió reprimir su llanto, un prolongado llanto. Al atardecer visitaron al doctor Tuchmann, por si aún conservaba algún contacto para abrirle alguna puerta a Frankl. Tuchmann, con

realismo, les expuso las dificultades para encontrar trabajo en aquellos tiempos; no obstante, prometió tratar el asunto con máximo interés. Al despedirse de ellos, Frankl se siente aturdido y derrotado... Pero esta vez se juró a sí mismo rehacer aquel libro suyo con la ayuda de las notas que había tomado en el campo.

La tarea resultó más sencilla de lo previsto, porque Paul Polak guardaba una vieja copia del manuscrito que Frankl le había entregado en custodia, junto con otros recuerdos familiares, la noche anterior a su deportación. Frankl lo había olvidado. Con los apuntes del campo y el viejo manuscrito, pronto acabó la redacción definitiva de *Psicoanálisis y existencialismo*. Poco después, Tuchmann le ofreció un puesto de neurólogo, inicialmente provisional, que le procuró los recursos mínimos para alquilar una habitación y sobrevivir decorosamente. También conoció a Eleonore Katharina Schwindt, una enfermera de ojos vivarachos y de una dulzura cautivadora, que más tarde sería su esposa. En definitiva, Frankl empezaba a recobrar, pausadamente, el vigor físico y psíquico, y también la ilusión.

El éxito de *Psicoanálisis y existencialismo* —tres ediciones en el mismo año— resultó uno de los factores principales para reintegrar a Frankl en los afanes de la vida cotidiana. Parecía casi recuperado; sin embargo, notaba un ligero desasosiego afectivo que repercutía en su ánimo, ahora frágil y tornado. Comprendió que, en su interior, aún continuaba abierta la herida de la salvaje indignidad sufrida en el *Lager*. Debía cicatrizar, con presteza. Eligió la catarsis como terapia. Para ello decidió refundir en un escrito las atrocidades vividas en el campo, pues supuso que al verbalizarlas liberaría su pesada carga emocional. Y así nació la idea de reunir en un texto las experiencias vividas en los campos.

Conviene retratar la escena. Debemos situarnos en una Viena sumida en la pobreza y entregada a la tarea de la re-

construcción (diciembre de 1945). Frankl vive en una habitación de alquiler, con pocos muebles, bastante destartalados, con una luz escasa y con las ventanas tapadas con tablones debido a la falta de cristales. Cada amargo recuerdo aviva con crudeza sus sentimientos. Formula y reformula cada frase hasta encontrar la palabra adecuada, intenta expresarse con la precisión con la que un cirujano maneja el bisturí. Trabaja a ritmo frenético, deambulando por la habitación de un extremo a otro. Tres secretarias, por turnos, transcriben taquigráficamente el torrente de pensamientos dictados por Frankl. De vez en cuando, rendido y conmovido, se sienta en una silla y llora...; las secretarias respetan discretamente aquella irrefrenable erupción de emociones y sufrimientos. En nueve días la obra estaba concluida. En esos nueve días Frankl limpió de su intimidad hasta la más mínima mota de rencor o resentimiento. No olvidó la experiencia de los campos, pero sí superó su experiencia personal.<sup>6</sup>

La crónica de ese libro es sugestiva. Apareció por primera vez en 1946 con el título *Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager* (*Un psicólogo en un campo de concentración*). Los pocos ejemplares de la primera edición se vendieron con rapidez. Debido a ello, enseguida publicaron una segunda edición más numerosa; pero esta vez la obra pasó prácticamente desapercibida, hasta el punto de que la mayoría de los ejemplares se ofrecieron en saldos o terminaron en la guillotina. Parecía incomprensible el comportamiento desigual de las dos ediciones. Por eso Frankl consultó con Deuticke, su

6 Uno de sus íntimos amigos, Joan Baptista Torelló, me comentó en cierta ocasión que la personalidad de Frankl transmitía tal serenidad y alegría que, si alguien no conocía su historia, no podría ni sospechar que estuviera ante un superviviente de cuatro campos de concentración nazis. Pero también Frankl reconocía, pasados los ochenta años, que en las noches de dormir inquieto —por cualquier causa— invariablemente soñaba de nuevo con el *Lager*.

editor. Este, para animarlo y aleccionarlo sobre los caprichosos itinerarios de ciertos libros, le contó las peripecias comerciales de *La interpretación de los sueños* (Freud) —una de las obras cumbre del psicoanálisis—, que también pertenecía a su fondo editorial. En 1900 se publicó una primera edición de mil ejemplares; cien se destinaron a reseñas y, por tanto, solo salieron a la venta novecientos ejemplares. Las novecientas copias tardaron ¡diez años! en venderse. Y tiempo después se convirtió en un libro universal.

El libro de Frankl se tradujo al inglés —a pesar del fracaso de la edición alemana— bajo el título *From Death-Camp to Existentialism (Desde el campo de la muerte hasta el existencialismo)*, también con escasísimo éxito (1955 y 1959). Únicamente se vendieron unos cientos de copias. La Beacon Press lo catalogó como «libro enfermo»; lo cual significa, en el lenguaje editorial, un libro sin posibles lectores. En 1961 el profesor Gordon Allport sugirió a Gobin Stair, director de la Beacon Press, una nueva edición del libro. La editorial consintió en publicarlo por deferencia a Allport, uno de sus autores estrella por aquellos tiempos. Pusieron como condición que Frankl añadiera al texto original una breve exposición de los conceptos básicos de la logoterapia; y así quedó recogido también en las ediciones de la editorial Herder: *Conceptos básicos de logoterapia*. Con este nuevo formato el libro salió al mercado con el título *Man's Search for Meaning (El hombre en busca de sentido)*. El comportamiento del libro cambió de signo y la obra encontró lectores de forma paulatinamente arrolladora. El éxito de esta edición fue deslumbrante: hizo olvidar el título original en alemán, se convirtió en modelo para las nuevas ediciones y en el texto para las siguientes traducciones a otros idiomas. Aunque el estallido definitivo tardó un par de años más. Lo recuerda el propio Viktor Frankl: «En el año 1963 la Washington Square Press se encargó de la edición de bolsillo con el nuevo título *Man's Search for Meaning* y, a

pesar de seguir ignorado por los grandes periódicos y revistas, los lectores comenzaron a recomendar el libro, uno a otro».

A partir de ahí se convirtió en un éxito mundial y se tradujo a más de treinta idiomas.<sup>7</sup> Ese giro comercial también manifiesta la paradójica relatividad del éxito: pasó de ser considerado un «libro enfermo» a ser declarado por la Library of Congress, en Washington, como uno de los diez libros de mayor influencia en Estados Unidos en el siglo XX. De ser silenciado en las asociaciones y revistas científicas a ser considerado por Karl Jaspers como «uno de los pocos grandes libros de la humanidad». Una opinión similar ya había sido aventurada por el profesor Gordon Allport en el prólogo de aquella primera exitosa edición norteamericana: «Recomiendo calurosamente esta pequeña obrita, por ser una joya de la narrativa dramática centrada en torno al más profundo de los problemas humanos. Su mérito es tanto literario como filosófico y ofrece una preciosa introducción al movimiento psicológico más importante de nuestro tiempo». Tal vez este último comentario suponga más un halago merecido que un frío juicio científico. No obstante, es justo reconocer que *El hombre en busca de sentido* merece inscribirse entre las obras cumbre del patrimonio intelectual de la humanidad, no solo por la profundidad de sus intuiciones psicológicas, sino también por la belleza de su prosa; y también por ese amable humanismo que retrata con claridad

7 Giselher Guttman, Catedrático de Psicología General y Experimental de la Universidad de Viena, registra minuciosamente las ediciones del libro en los distintos idiomas y el número de ejemplares; es tal el volumen que resulta imposible estar al día en sus anotaciones. El mismo Frankl aseguró hace tres décadas (1992) que *El hombre en busca de sentido* había vendido en Estados Unidos más de nueve millones de ejemplares en setenta y nueve ediciones. Se puede actualizar esta información en el Instituto Viktor Frankl de Viena. Aunque el dato más palmario de su abultada difusión universal lo proporciona el número de traducciones y ediciones actuales; en varios países se sitúa en los primeros puestos de ventas entre los libros de pensamiento; ¡casi ochenta años después de su primera edición!

la capacidad de grandeza y de miseria que anida en el interior del ser humano, convirtiéndose en un canto esplendoroso a la libertad. Por la mesura de sus juicios y la sutileza de su pluma, Frankl consigue infundir ganas de vivir al contar la bestialidad humana de la vida en el *Lager*. Describe los acontecimientos con la imparcialidad de un testigo, jamás se arroga la posición de juez. «Vale la pena leerlo todavía, porque no destila ni una gota del resentimiento o del espíritu de venganza, y ni siquiera del sadomasoquismo habitual en este tipo de literatura» (Joan Baptista Torelló). En definitiva, *El hombre en busca de sentido* es un libro sabio, admirable y sorprendente.

Sorprende porque es mucho más que un texto autobiográfico o testimonial. Pues, aunque narra sucesos vividos por Frankl en los campos de concentración nazis, *El hombre en busca de sentido* no es, propiamente, un libro testimonial, ni por el propósito ni por la intención. Incluso Frankl había decidido publicar el libro de forma anónima, firmarlo sencillamente con su número del *Lager*. Fueron sus amigos más cercanos, y el editor, quienes lo convencieron de lo contrario, argumentando que una publicación de esas características, sin una firma que la respaldase, perdería credibilidad y carecería de un oportuno sello de autenticidad. Conservamos una prueba evidente de esa determinación de Frankl: en la portada de la primera edición alemana no aparece el nombre del autor; sin embargo, sí figura en la portadilla.

En definitiva, y básicamente, es un texto de psicología. Así lo declara Frankl, con rotundidad, desde el inicio. Me serviré de sus propias palabras: el libro procura «responder a la pregunta: “¿Cómo se veía afectada la psicología del prisionero por el día a día en un campo de concentración?”». Es contundente, no deja lugar a dudas: el primer apartado del libro —tras una breve introducción— se titula «El informe del prisionero n.º 119 104. Un ensayo psicológico». Y el «ensayo psicológico» comienza así:

Debo resaltar que este texto, el informe del prisionero n.º 119 104, no pretende contar mis vivencias en el campo de concentración. Mi intención es describir, en virtud de mi experiencia y desde mi perspectiva de psiquiatra, cómo vivía el prisionero normal en el campo y cómo esa vida influía en su psicología.<sup>8</sup>

Se trata de un libro de psicología redactado sin la textura de una obra científica, lo cual facilita su lectura, la hace comprensible y amena. Y sugerente. Es muy común que los temas de psicología resulten sugestivos para el público en general, porque desvelan los orígenes del comportamiento y los dinamismos del psiquismo, permiten bucear por las complejas profundidades del mundo interior. Pues bien, en *El hombre en busca de sentido* asoma esa sabiduría psicológica casi inadvertidamente: mientras la crudeza de la historia mantiene la atención del lector, Frankl describe con precisión los cambios psicológicos operados en los reclusos del campo.

Además, redobla su atractivo porque, no sin cierta paradoja, la psicología de *El hombre en busca de sentido* se asienta sobre la teoría de la personalidad del hombre normal. Por eso me entretuve en detallar las circunstancias de la redacción de *Psicoanálisis y existencialismo*. Recordemos que Frankl ya había formulado su pensamiento psicológico y psiquiátrico con anterioridad a su ingreso en el *Lager*. Todo parecía desbaratarse con la ruptura del manuscrito. Sin embargo, Frankl reaccionó afrontando la vida en el campo como una oportunidad para «vivir, sufrir y morir según aquel libro». Es decir, los

8 Es tan decidido el enfoque psiquiátrico que Frankl pretende infundir al libro que hasta él mismo señala el posible riesgo de subjetivismo al apoyar su argumentación en situaciones y experiencias personales. Repara en ello y lo advierte: «Dejo a otros autores la tarea de despersonalizar este texto para poder obtener teorías objetivas a partir de experiencias subjetivas».